



Kuri expone: Sexo, cyborgs y ¿mujeres? Breve reflexión sobre IKU, BDSM, género e historia de la ciencia ficción

Tanto en las historietas postapocalípticas japonesas (Alita, Saikano, Ghost in the shell...) como en las distopías pioneras en la creación del imaginario de los robots (Metrópolis, R.U.R....), las cyborgs a las que se atribuye sexo femenino se encuentran en una situación ambigua: como robots, son temidas por la posibilidad, siempre presente, de que dominen al ser humano; como mujeres, son seres vulnerables y objetos de deseo para los incautos varones.

Su “humanización” siempre viene de la mano de sentimientos de afecto y empatía (ese “ser para otros” obligatorio para las mujeres) pero nunca del propio deseo sexual, de una posición de poder autónoma.

Esta estereotipación aburrida y previsible en función del género no sólo afecta a las robots clásicas o a las cyborgs orientales. La práctica totalidad de la ciencia ficción, ya sea hard, soft, cyberpunk... es capaz de imaginar las tecnologías más sofisticadas, los urbanismos más espectaculares, las sustancias alteradoras de la conciencia más potentes, las formas de organización social más complejas... pero los seres masculinos son siempre hombres y los femeninos mujeres. Y esto independientemente de que tengan el cuerpo de metal, latex, escamas o un tejido lleno de receptores que se integran en cada célula nerviosa. Hombres, mujeres y punto[1].

Pero hay más opciones. Lxs cyborgs podemos aprovechar el carácter no normativo, fluido y, sobre todo, performativo de las prácticas bdsm como “cajón de arena” en las que experimentar de forma segura y cómoda otras maneras de (re)crear nuestros cuerpos, sexos, géneros, mentes, deseos y órganos.

Podemos llevar unos calzoncillos de color chillón sobre unas bragas de estética gótica. Los cables y enchufes se entrecruzan para convertirse en dildos. Podemos

(y nos encanta hacerlo) mudar temporalmente la piel por una de plástico (que acabamos de sacar del segundo cajón, empezando por abajo, del armario de la cocina). Nuestros pezones mutan en enormes dildos fucsias o en pinzas para tender la ropa. Podemos maquillarnos como la replicante que muere al final para luego ocultar el rostro bajo capuchas y bolsas de plástico. Nos gusta mezclar cuerdas de esparto (que marca, apretándolo hasta la molestia, rozando, quemando la piel y dejando huella, los límites de nuestro cuerpo) con fibra óptica que nos conecta y permite intercambiar datos/deseo que nos llevan al orgasmo colectivo. Y todo esto lo podemos hacer, además de porque nos da la gana y no pedimos permiso, porque somos transfeministas, queer, bedesemeras y muchas más cosas y ninguna de las anteriores.

[1] Hay maravillosas excepciones como “La mano izquierda de la oscuridad”, de Ursula K. LeGuin, la obra de Octavia E. Butler o la raza Mulefa en la tercera parte de la trilogía “Su materia oscura”, entre otras.